

Amargura y gatos

Brígida, observaba taciturna cómo sacaban sus pertenencias a la calle. Había llegado el día de su desalojo. Se lo habían advertido con 3 meses de anticipación. Aun así, no había podido hacer nada al respecto, para evitarlo. Hacía ya, 15 años que su vida había dado un vuelco importante.

Nacida en Puerto Varas, descendiente de colonos alemanes. Recibió una excelente educación, lo que le permitió tener una carrera universitaria y titularse de Médico Veterinario.

Conoció a Helmut, nieto de sus vecinos, que había llegado de Berlín, Alemania. Se enamoró perdidamente de él. Era alto, rubio, de intensos ojos azules. Halagador y atento con ella. Fueron unos meses maravillosos junto a él, donde dieron rienda suelta a la pasión.

Un día Helmut le dijo que volvía a Alemania, que solo había venido a pasar un tiempo con sus abuelos, antes de que partieran de este mundo. Brígida quedó tan impactada con la noticia, que no pudo decirle de su sospecha. Tenía un atraso en su período de dos semanas. Convencida de que se casarían, para evitar un escándalo en su familia. Se había imaginado que Helmut estaría muy feliz con la noticia, pero él nunca lo supo. Se dio cuenta que sólo había sido un amor pasajero para él.

Cuando les contó a sus padres, ya tenía cuatro meses de embarazo. No se habían dado cuenta, pues ella era muy delgada. Así es que antes de que lo notaran, prefirió contarles. No lo tomaron nada bien. ¡Cómo!, su única hija mujer con cuatro hermanos varones, iba a causar esta tremenda vergüenza en su conservadora familia. Le prohibieron estrictamente que siguiera en la ciudad, tenía que alejarse de ellos.

Brígida, tomó la decisión de marcharse a Santiago. Muy resentida de sus padres por lo que le habían hecho. Expulsarla de su hogar.

Con su excelente currículum, rápidamente encontró trabajo en una prestigiosa Clínica Veterinaria. Sin hablar de su agradable presencia, ojos claros y pelo castaño claro, le agregaban un plus a su contratación. Aunque ella de un principio contó sobre su embarazo, no le pusieron ninguna objeción. Trabajó con mucho entusiasmo, adoraba a los animales, especialmente a los gatos. Los encontraba tan dóciles y cariñosos.

Su embarazo comenzó a complicarse. Cuando le faltaban 2 meses todavía, para el nacimiento de su hija Greta, sufrió una hemorragia. Su asistente en la clínica la llevó a Urgencia del Hospital más cercano. La dejaron internada. Tenía que estar en reposo absoluto si quería que su bebé sobreviviera. Aún no terminaba de desarrollar sus pulmones. Después de ese mes, pudo nacer. Fue un parto difícil, muy doloroso. Fueron muchas horas de trabajo, de angustia y también de soledad. Cuando le entregaron a Greta en sus brazos, sólo la observó por unos instantes. Tenía rasgos de Helmut, nunca lo podría olvidar, y lloró amargamente.

Por esa hija, había sido repudiada por su familia. Ella, que siempre fue su orgullo. En sus estudios, hasta había sido reina de belleza de la ciudad y ahora se había convertido en una madre soltera. Le costó adaptarse a esta nueva vida. Tuvo que buscar una sala cuna muy pronto. Como no pudo darle leche materna, no fue complicado. La dejaba a las 8:00 de la mañana y la retiraba a las 6:00 de la tarde. Cuando llegaba a su hogar, el pequeño departamento que arrendaba, dejaba a la bebé en su cuna. La atendía cuando lloraba, para darle su mamadera o cambiarle los pañales. Nunca fue cariñosa con ella. Nunca jugó con ella, ni un solo estímulo en su crecimiento. Ni hablar de leerle un cuento. Así creció Greta, sin padre y con una madre fría y distante.

Brígida continuó trabajando. Tomó una persona que se encargará de los quehaceres del hogar y de Greta. Cuando la niña cumplió 12 años, la internó en un colegio fuera de Santiago, hasta que salió de la secundaria. La visitaba una vez cada 2 meses, para llevarle útiles de aseo, materiales

de estudio y alguna golosina. Por supuesto, ni un solo abrazo de por medio. En las vacaciones la mandaba a algún campamento de verano, lejos de ella.

Cuando Greta cumplió 18 años, y recién egresada del colegio, le dijo a su madre que quería conocer a sus abuelos.

-Haz lo que quieras, no me interesa lo que hagas con tu vida- le dijo fríamente. Acto seguido le pasó un papel con la dirección de sus padres y dinero para el viaje. Sus abuelos, arrepentidos por cómo habían tratado a su hija, la recibieron con los brazos abiertos. Le dieron todo el cariño que su madre jamás le entregó. Allá fue a la universidad y nunca volvió con Brígida. Esta botó todas sus cosas a la basura y siguió con su vida tranquila y solitaria. Lo único que la hacía feliz eran los animales.

Un día conoció a Walter. Llegó a la clínica con su mascota enferma, una gata angora llamada *Missy*. Muy afligido porque no sabía lo que le ocurría. Brígida rápidamente, luego de unos exámenes, comenzó un potente tratamiento con inyecciones y medicamentos. Como tuvo que quedar internada su mascota, Walter la visitó los 3 días hasta que le dio el alta, ya recuperada su gatita.

Estaba tan agradecido que no dudó en invitarle a tomar un café. La pilló tan desprevenida que aceptó su invitación. En su interior, se estaba arrepintiendo. Pero, lo encontró muy gentil, elegante y muy agradable. Lo encontró bastante apuesto, además. Después de ese café, siguieron invitaciones a cenar, al cine, a la ópera, etc.

Él era tan culto y fascinante. Estaba disfrutando como nunca. Había vuelto a la vida. Walter era soltero. Quiso casarse a los 30 años, pero su novia lo dejó plantado y se convirtió en un solterón. Cierta día luego de 3 meses de relación, la sorprendió -Brígida querida, quiero pasar el resto de

mi vida contigo. Me harías el hombre más feliz si me aceptas como tu esposo. ¿Te casarías conmigo? -

- ¡Sí!, ¡por supuesto que sí! - respondió enseguida ansiosa y feliz.

Pasó todo rápido. Walter fue hijo único, ya no tenía a sus padres. solo invitó a un par de colegas abogados a la ceremonia civil. Brígida le contó que estaba muy distante de sus padres, que no se hablaba con ellos y no le habló sobre Greta. Ella por su parte, invitó a su asistente y a la dueña de la clínica.

Comenzaron su vida de casados en el elegante departamento de Walter, en el sector oriente de la ciudad. Llevaron una vida tranquila y cómoda. Como ya no podían soñar con tener hijos, se dedicaban a sus mascotas. Una pareja de gatos, un perro y un par de canarios.

Pasaron los años y Walter enfermó, sufrió un infarto, que le impidió seguir trabajando. Poco a poco, se fue deteriorando más y más su salud. Todo esto había complicado su situación económica. Con varias hospitalizaciones a costas y costosos tratamientos médicos, no le quedó más opción que vender su lujoso departamento y arrendar en un condominio más económico y en otra comuna. Brígida dejó su trabajo y se dedicó de lleno a cuidar a Walter.

Cierto día, recibió una llamada, era Greta, que la había buscado en la clínica y como ya no trabajaba ahí le proporcionaron su número. -¿Qué quieres, por qué me buscas? - responde cortante.

- Volví a Santiago, como mis abuelos ya no están, mis tíos me echaron de su casa. Por eso te buscaba. - le cuenta temerosa.

-Ya te dije que tu vida no me interesa. Olvídate que eres mi hija-. Le grita furiosa y le corta.

Cuando vuelve la habitación con Walter. Este la mira con mucha pena y le dice:

- ¿Tienes una hija? ¿Por qué nunca la invitaste para conocerla? ¿Por qué no la quieres? Alzando la voz con tal angustia. Que le provoca un paro cardíaco y en el instante fallece. Brígida desesperada lo abraza, llora y grita: -No, mi amor, ¡no me dejes sola! ¡Perdón! ¡Perdóname! Todo el dolor que le produjo la partida de su querido Walter, gatilló su odio más profundo a Greta. Ella había provocado su muerte, nunca se lo perdonaría.

Siguió viviendo sola con sus mascotas. No volvió a trabajar y los ahorros de la venta del departamento de Walter, se fueron yendo poco a poco. Su perro, al tiempo murió de viejo y sus canarios se volaron, cuando uno de sus traviesos gatos, abrió la jaula cuando se encontraban las ventanas abiertas.

Un día que salió de compras, encontró 2 gatitos recién nacidos abandonados en una caja. Sintiendo compasión por ellos, se los llevó a su hogar y los adoptó. Luego adoptó un gato callejero y otro y otro. Algo no estaba funcionando bien en su cabeza y alejándola absolutamente de la realidad.

Llegó el día en que ya no le quedaba dinero del marido. Solo de su pensión de vejez. Pero esa, la reservaba, para alimentarse ella y sus queridos gatos. Ya había reunido 17 en su hogar.

Comenzaron los reclamos de los vecinos. por tanto maullido y malos olores. Pero eran su única compañía. Extrañaba tanto a su querido Walter. Se habían cumplido 15 años de su partida. Y ya llevaba 3 años sin pagar el arriendo, los gastos comunes, ni los servicios. Los dueños del departamento iniciaron un juicio en su contra. No asistió a ninguna citación del Juzgado, que falló en esta Orden de lanzamiento.

Hoy a sus 70 años, contempla el trabajo de 5 hombres, vestidos con buzos blancos y mascarillas, sacar a la calle lo poco que quedaba de su vida. Sus gatos inquietos y asustados corren por todo el condominio, sin entender lo que pasa.

Era un frío día de Mayo y los vecinos observan en silencio por sus ventanales el desalojo. Ni siquiera podían ofrecerle hospedaje, ya que, por orden del juez, quedó prohibido su ingreso al condominio.

Personal de la Municipalidad con Trabajadora Social incluida, quisieron ayudarla, para llevarla a un lugar en forma temporal, mientras se resuelve su situación. Pero ella muy orgullosa para aceptar, rechaza toda ayuda. Les dijo que su hija la vendría a buscar. Que no se podía comunicar con ella. Le pidieron los datos de Greta y hasta muy avanzada la tarde, lograron ubicarla.

Greta con tanto rechazo de su madre y falta de cariño del resto de su familia, se había convertido en una alcohólica. Era Ingeniera Agrónoma, pero en la gran ciudad, no tenía muchas opciones de trabajo. Pero esta, era la oportunidad, de ganarse el cariño de su madre.

Estaba dispuesta a ayudarla. La llevaría a vivir con ella a otra región, pero sin sus gatos. Podría trabajar y hacerse cargo de comenzar un tratamiento en un centro de salud, por su enfermedad mental y recuperar a su madre. Y así, por fin, poder recibir un primer abrazo cariñoso de Brígida.

Y así ocurrió. Greta, se la llevó a Cauquenes. Encontró un puesto en una importante Empresa Agrícola.

Brígida internada en una Clínica, con un tratamiento psicológico, que poco a poco, está dando buenos resultados. Greta la visita todos los días.

Sus gatos, quedaron en el condominio. Sus vecinos se preocuparon de alimentarlos y buscar interesados en adoptarlos, hasta que se los llevaron a todos.

De vez en cuando aparece alguno maullando fuera del solitario departamento de Brígida. Aún buscan a su cariñosa ama.